



**¿Cuál es la
cuestión
agraria hoy?**

Escribe Fernando Eguren*

Hugo Cabieses, antiguo amigo y consecuente militante de la izquierda (no la de Cerrón, obviamente), me pide que escriba un artículo sobre el problema agrario, dejándome en libertad sobre su contenido.

Por años, en el Perú se consideraba que la cuestión agraria giraba alrededor de dos ejes: el primero, la polarización de la propiedad de la tierra –en los extremos el latifundio y el minifundio–; el segundo, el régimen semifeudal de la hacienda. En términos de la izquierda, se trataba de eliminar esa polarización de la propiedad y la eliminación de las relaciones semifeudales. Ello cambiaría no solo la faz de la sociedad rural, sino también, en buena medida, la de la sociedad peruana toda, y contribuiría a enrumbarla al socialismo. La burguesía urbana emergente consideraba la cuestión agraria en términos no tan disímiles: el desarrollo socioeconómico requería ampliar el mercado interno, constreñido por la semifeudalidad, y ampliar la producción de alimentos, limitada por el latifundismo rentista, y todo ello contribuiría a enrumbarla al capitalismo. Ese era el sentido de las propuestas de reforma agraria elaboradas por el gobierno derechista de Manuel Prado en los años cincuenta y la aprobada por el gobierno del reformista Fernando Belaunde en los años ochenta.

El gobierno militar presidido por el general Juan Velasco Alvarado tuvo la visión, el coraje y el poder de



terminar con el latifundismo y de liquidar las relaciones semifeudales, obedeciendo a una orientación –así lo afirmaban– ni capitalista ni socialista.

Lo dicho en el párrafo anterior es una simplificación, claro está, pero no alejada de la realidad y nos ayuda a buscar respuestas nuevas a la vieja pregunta ¿cuál es la cuestión agraria hoy? Seamos conscientes de que esa pregunta ya nadie se la plantea, pues su respuesta exige una perspectiva estratégica: ¿cuál es la cuestión agraria hoy *respecto de qué?* Para la izquierda, era respecto de las condiciones para la construcción de un futuro socialista. Para la burguesía, era respecto de las condiciones para un desarrollo urbano industrial capitalista que articularía todo el país. En ambos casos había una visión de futuro del país; diferentes modelos, es cierto, pero en cada caso con grandes objetivos orientadores que daban sentido y dirección a las políticas concretas. Aún después del gobierno militar, durante los años ochenta, esta visión desarrollista pretendió continuar pero ya contra la corriente: crisis de la deuda, Reagan y Thatcher con la espada desenvainada, Sendero Luminoso, ausencia de partidos políticos con capacidad de ofrecer una visión de futuro.

Pero hoy nadie -casi nadie- se pregunta qué país queremos ser. Los “modelos de sociedad” que habían ilusionado a vastos sectores sociales se difuminaron y fueron sustituidos por un no-modelo: el mercado. Los “modelos” extintos consideraban que el mercado estaba ahí para manipularlo y hacer posible alcanzar las respectivas utopías; era un medio. Hoy, en cambio, las decisiones políticas adquieren rango de legitimidad si es que permiten el desarrollo de los mercados. De ser un medio, el mercado se ha transformado en un fin.

* Sociólogo, director de las revistas Debate Agrario y La Revista Agraria, del CEPES



Hoy las amenazas globales a la subsistencia de la humanidad, que esta misma ha generado –el calentamiento global, la degradación de los recursos naturales, la inseguridad alimentaria, la multiplicación de los conflictos geopolíticos, la amenaza nuclear – dejan poco espacio para imaginar nuevas utopías; los modelos futuros comienzan a girar alrededor de cómo detener las tendencias autodestructivas de la humanidad a diferentes niveles, desde cómo lograr la primacía de la agroecología sobre una depredadora agricultura industrial que empobrece los suelos, la biodiversidad y contamina las aguas, hasta cómo lograr una nueva gobernanza global que supere las debilidades de las Naciones Unidas y logre reemplazar la competencia entre países por la colaboración internacional.

En este contexto, ¿cómo respondemos a la pregunta cuál es la cuestión agraria hoy? A los problemas clásicos del pasado y que todavía persisten, quizá transfigurados, como la concentración de la propiedad de la tierra, la subcapitalización de los espacios rurales, las políticas agrarias que alimentan la desigualdad, la ciudadanía

maltratada de los campesinos, se suman otros. Cómo ya se ha dicho, los desafíos globales provocan distintos tipos de respuestas. Una de ellas concierne a cómo se produce, con qué tecnologías y con qué formas de organización de la producción. Lo que nos ofrece hoy día la realidad es una propuesta de agricultura industrial absolutamente funcional con el deterioro del planeta en el largo plazo. Esta propuesta es la más “legitimada” por sus indicadores impactantes; en el caso del Perú, porque ha tenido un éxito fenomenal en términos del ininterrumpido crecimiento del valor de las exportaciones, y porque forma parte de un discurso que entroniza una eficiencia y una competitividad que no para mientes en la explotación laboral, en la profundización de las desigualdades y en las externalidades ambientales negativas. Tomadores de decisión y opinión pública han asimilado la narrativa que exalta la agroexportación corporativa y que ya ha producido un panegírico¹.

En el otro extremo hay una agricultura respetuosa de la ecología pero insuficiente para satisfacer las demandas de alimentos de una población creciente y más urba-

1 Amaro, Gabriel (2023). *Agro. La gran apuesta del Perú*. Ed. Planeta.

“Antes de la reforma agraria se consideraba a los latifundios como expresión del atraso y la premodernidad. Hoy los neolatifundios son considerados la expresión de la modernidad y el modelo a seguir.”

na y para afrontar la endémica pobreza rural, y que requiere de transformaciones tecnológicas importantes y el desarrollo de la asociatividad. Bajo esta condición, esta es una opción mucho más cercana de lo que un mundo amenazado requiere. Hay cada vez más una oferta tecnológica abundante y diversificada; es necesario conocerla para optar y asimilar aquella que potencie una agricultura ecológica de pequeña y mediana escala. Para ello se requiere despejar los temores de quienes han hecho de la tradición un objeto de museo y no un punto de partida para el despliegue creativo de los productores. Para seguir este camino, es condición *sine qua non* la universalización y profundización de la capacitación que les permita desarrollar sinergias entre lo nuevo y lo tradicional.

Como se afirmaba más arriba, hay problemas del pasado que se reproducen renovados, como el de la concentración de la propiedad de la tierra. Antes de la reforma agraria se consideraba a los latifundios como expresión del atraso y la premodernidad. Hoy los neolatifundios son considerados la expresión de la modernidad y el modelo a seguir. Por ello por lo que las más grandes inversiones del Estado en la agricultura son en irrigacio-

A manera de conclusiones

Ya no se buscan modelos sino procedimientos para evitar la autodestrucción, procedimientos que dialoguen con la naturaleza: sostenibilidad, agroecología, orgánico. O que prescindan totalmente de la naturaleza, artificiándola: nanotecnología, edición genómica, etc. O fórmulas para dominar la esfera de la producción agraria y alimentaria, alrededor de la primera gran necesidad de la humanidad: la alimentación. De alguna manera, quien controla eso, controla el mundo.

nes para ampliar la frontera agrícola en beneficio de inversionistas que producirán para la exportación. En esta línea estaba el defenestrado expresidente Castillo. Aun hoy, esta concentración de la propiedad de la tierra no merece crítica alguna de quienes lo llevaron al poder. Los recursos naturales son de la nación —la tierra y el agua lo son—, y si el Estado dispone de ellos debe ser para el beneficio de la mayoría, no para reforzar el poder de quienes ya lo tienen en demasía.

La cuestión agraria también es, cómo no, la pobreza rural. La mala calidad de los servicios públicos y la insuficiente infraestructura física son lastres seculares que reproducen los gobiernos regionales. Esta marginación es una de las causas de las inde-

tenibles corrientes migratorias del campo a la ciudad de los jóvenes, aun cuando la esperanza de encontrar mejores oportunidades en la urbe sea cada vez más una ilusión.

En estas líneas no está todo dicho sobre qué es la cuestión agraria hoy, obviamente. Solo he querido reflexionar sobre lo que ayer era, y ya no lo es hoy; que los problemas son mucho más complejos y más complejas también las respuestas requeridas. Y también para contribuir a que haya un poco de discusión sobre el hoy y el futuro, que nos falta clamorosamente.